11420

El Vampiro.

ESCENA XVII.

EL VAMPIRO.

COMEDIA EN UN ACTO

ESCRITA EN FRANCES

POR M. SCRIBE,

y traducida al castellano

POR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

PERSONAS.

EL MARISCAL, *conde de Walter.*
ADOLFO DE VALBER, *su sobrino.*
EL BARON DE LURDOF.
HERMANCIA DE MANFRED.
LUCIA, *su hermana.*
GUILLERMO, *conserge del castillo.*
PETERS, *su ahijado.*
CARLOS, *criado del conde.*
UN NOTARIO.
CRIADOS, CONVIDADOS A LA BODA.

La escena es en Ungria.

El teatro representa una sala de un castillo gótico: á la derecha habrá un gabinete.

ESCENA PRIMERA.

HERMANCIA, LUCIA.

Te do - sus
bre á mis
ostro ve

HERMANCIA.

r último, Lucia, te determinas á abandonarnos en el dia mismo de mi boda?

LUCIA.

Sí, Hermancia.

HERMANCIA.

Ya veo que no te agrada la Ungria, y sin

612432

embargo, qué has visto tú mas hermoso? Esas cavernas de hielo, esas montañas de nieve, esos precipicios espantosos, la sencillez de sus habitantes, sobre todo su honradez...

LUCIA.

Ciertamente.

HERMANCIA.

Te confieso, sin embargo, que son en estremo supersticiosos, que dan crédito á las apariciones de vampiros y fantasmas; en fin, que creen todas las fábulas que les han trasmitido sus mayores, y aun mi esposo mismo...

LUCIA.

No me recuerdes á tu esposo; y tú, tú que debias avergonzarte... Contraer á tu edad un matrimonio por razon de estado...

HERMANCIA.

No tienes razon, Lucia, tú sabes los motivos que me han inducido á contraer este enlace. Somos huérfanas, de una familia noble, es verdad, pero sin bienes de fortuna. Me ofrece su mano un hombre rico, joven aun, el baron de Ludorf, de una de las familias mas distinguidas de Alemania, debia rehusarla?

LUCIA.

Sí, seguramente. Qué diferencia entre él y el conde Adolfo; tan bueno, tan amable, y lo que es mas, á quien habias jurado un amor eterno.

HERMANCIA.

Es cierto, pero nuestra union hubiera causado su ruina; su familia, que es muy rica, y su tio el conde de Valber se oponian á nuestra union y nos aborrecian aun sin habernos visto jamas. Seis meses hace que murió Adolfo: tú has sido testigo del pesar que me ha causado su pérdida, pero no creo sea un motivo para que no deba amar...

LUCIA.

Sí lo es: tú no debias haber entregado á otro ninguno tu corazon. Confiésame que nunca le has amado con aquella vehemencia... tú le recibias algunas veces con una frialdad, una indiferencia que yo no podia concebir, de manera que tenia que contentarle casi siempre que se apartaba de tu lado. Cómo envidiaba yo tu suerte! El estaba cerca de tí, para tí eran sus suspiros, él te imploraba, y tú, tú nada le respondias... Dios mio! yo le hubiera amado; era esto tan dificil.

"Tú á su afecto eras cruel,
y yo en tu amor me abrasaba:
él á tus plantas estaba
yo suspiraba por él.
Aun constante vive aqui
su memoria desgraciada,
y la eterna fé jurada
que guardarle prometí.

HERMANCIA.

Lucia! por qué me habias ocultado tus sentimientos? Si fuera posible... yo deseo tu felicidad: calla, otra vez hablaremos. Quién viene?

LUCIA.

Es tu esposo y un estrangero.

ESCENA II.

Dichas, LURDOF *y el conde Valber y* CARLOS.

LURDOF.

No, mi general, no puedo permitir que paseis por mi castillo sin que os digneis honrarle; y cabalmente en el mismo dia de mi boda. No asistireis á ella? Aqui teneis á mi esposa madama de Lurdof. Señoritas, tengo el honor de presentaros al mariscal, conde de Valber, mi protector.

CONDE.

Decid mas bien vuestro amigo.

HERMANCIA.

Este es el tio de Adolfo. (*A Lucia.*)

LUCIA.

Ya lo sé.

HERMANCIA.

Aquel tio tan severo.

LUCIA.

Ya le he visto.

CONDE.

Quisiera complaceros, baron, pero asuntos de la mayor importancia... Cárlos, pedid los caballos.

CARLOS.

Voy mi general.

LURDOF.

Y decid á Guillermo, mi conserge, que venga. (*Vase Carlos.*) Pero mi general, cuál puede ser el motivo de una partida tan precipitada?

CONDE.

Tengo motivos muy poderosos... estas señoritas podeis juzgar:

bien que haceros algunas preguntas sobre un acontecimiento de que habeis sido testigo. Yo tenia un sobrino que era el orgullo de su familia, la gloria de su patria; Adolfo de Valber, de quien habreis oido hablar tal vez. (*A Hermancia y Lucia.*)

HERMANCIA, *bajando los ojos.*

Sí, si señor.

CONDE.

Hace tiempo que deseaba casarle en Viena con la hija de un ministro: escribo á Adolfo, y rehusa mis proposiciones. Me aseguraron que estaba enamorado de una linda joven, cuyo nombre ignoro, y quien, segun parece, no podia ofrecerle otro dote que su hermosura. Insensato! Viéndome desobedecido solicité y obtuve del ministro una orden para arrestarle en la ciudadela de Temisvar. Pues bien, el dichoso sobrino que habia jurado acabarme á pesadumbres, se acuerda de ponerse malo: acababa de declararse la guerra, yo me hallaba en el ejército y no podia ir á verle. Os envio, Lurdof, con el encargo de informaros de su salud, porque sospechaba que esta enfermedad repentina no fuese alguna estratagema.

LURDOF.

Ojala! el pobre muchacho, apenas le mandé decir que estaba alli Lurdof de parte de su tio. Ah!

CONDE.

Y bien, amigo mio, eso es cabalmente lo que quiero preguntaros. Decidme francamente: estais seguro de que mi sobrino...

LURDOF.

Cómo si estoy seguro? Yo le vi por mis propios ojos, y al otro dia asistí á su entierro.

CONDE.

Puede ser: habrá sido ilusion mia. Tal vez... pero yo mismo... en un combate desarmado y sin defensa, cerca de perecer, oidme: vi un soldado húsar que lanzándose entre mis enemigos, logró salvarme de una muerte indudable.

"Yo vi su acero brillar
como el rayo en la tormenta
agitado sin cesar;
ni la muerte le amedrenta
ni el estruendo militar.
Todo á sus pies es trofeo,
sobre á mis pasos camino,
el rostro vuelve, le veo,
y ora, ó mintió mi deseo,
el rostro de mi sobrino.

LUCIA, *con interes.*

Cómo! Estais seguro?

LURDOF.

Va! no puede ser.

CONDE.

Pero ved aun lo que mas me sorprende. Con la esperanza de hallarle, tomo la posta y recorro la Alemania, llego á Presburgo, donde me detuve unos dias, y cuando menos lo esperaba recibo una carta del general en gefe, avisándome que en la última retirada del ejército austriaco, el desgraciado Adolfo de Valber, mi sobrino, habia muerto á la cabeza de un regimiento de úngaros.

LURDOF.

Cómo! por segunda vez!

LUCIA, *vivamente.*

Y estais cierto de que el general en gefe...

CONDE.

Le conocia como yo mismo.

LURDOF.

Os digo que es imposible.

CONDE.

Imposible! caro Lurdof, qué diriais si supieseis lo que me han asegurado esta mañana? Por lo que sea, quiero convencerme por mis propios ojos, y no debo perder tiempo. Ah! este sobrino ha de acabar conmigo, permitidme que marche inmediatamente.

ESCENA III.

Dichos CARLOS *y* GUILLERMO.

CARLOS.

Mi general, la silla está lista y el postillon á caballo; pero la noche está endiablada, y me temo que tendremos tempestad.

LUCIA.

Mejor hariais, señor conde, en no partir hasta mañana.

CONDE.

No, no: quiero ganar las seis leguas que nos restan para llegar á...

GUILLERMO.

Ah, señor! yo os aconsejo que no os pongais en camino, especialmente á estas horas. Hace veinte años que soy conserge del castillo, y conozco el pais y...

CONDE.

Y qué, es mal camino?

GUILLERMO.

Oh! no señor, lo que es el camino es magnífico; pero...

CONDE.

Hay ladrones?

GUILLERMO.

No señor; ni ellos se atreverian á venir por no encontrarse cara á cara con...

CONDE.

Con quién?

GUILLERMO.

Ah, señor mio, hace algun tiempo que han aparecido en el canton... Se habla de un prusiano llamado el Mayor Varzen y á quien ahorcaron habrá ocho meses en Barzoba. Oh! es un señor muy estirado de cuello. Parece que el bendito Mayor se habrá equivocado en unos cuantos florines que no le pertenecian, y se levanta todas las noches sin duda con la intencion de restituirlos. En fin, ya me comprendeis es un...

LURDOF, *sobresaltado.*

Un qué? acaba.

GUILLERMO.

Un vampiro.

TODOS.

Un vampiro!

CONDE.

Y no es mas que eso? Vamos.

GUILLERMO.

Pero, señor conde, debeis considerar que no está solo, porque como son tantos en el dia los ahorcados!... Se dice que últimamente han atacado á algunos viageros hácia la Boconia.

CONDE.

Es cierto: yo debia acordarme que estaba en este pais. Solamente en la Ungria y en la Bohemia he oido hablar de esos señores.

GUILLERMO, *á Lurdof.*

Y mi ahijado Peters, á quien habeis enviado dos leguas de aqui á buscar el notario, y hace cuatro horas que salió... Ay! si el pobre muchacho que no es nada valiente, se ha encontrado con el vampiro y se ha dejado... ham!

LUCIA.

Guillermo, y qué cosa es un vampiro?

GUILLERMO.

Un vampiro, señorita, es, es... un vampiro y está dicho todo: es un muerto que anda, que se levanta á ciertas horas callandito para chuparnos la sangre de que se mantienen, especialmente la de novia que les gusta mucho, y luego se vuelve tambien callandito y se entierran otra vez como si nada hubieran hecho. Ah! yo no quisiera decirlo por no dar que sentir al señor conde; pero hay quien asegura que su sobrino el conde de Valber es tambien vampiro.

LURDOF.

Callá mentecato. (*A Hermancia y Lucia.*) Todas estas son fábulas, mis queridas... si en otro tiempo venian esos señores... ya, ya no. Seguramente... no es esto, mi general?

CONDE.

En todo caso, yo y Carlos el antiguo criado de mi sobrino, nos hallamos en estado de recibirle, es verdad?

CARLOS.

Podeis contar conmigo, mi general.

CONDE.

Bien; pues vamos.

Se van por un lado, y Hermancia y Lucia por otro.

ESCENA IV.

LURDOF *y* GUILLERMO.

LURDOF.

Sabes, Guillermo que todo lo que nos ha contado el general es muy estraordinario; sobre todo, para mí que estoy bien seguro de haber visto á Adolfo.

PETERS, *dentro.*

Padrino, padrino.

LURDOF.

Eh!... aqui tienes á tu ahijado: no ves como nada le ha sucedido?

ESCENA V.

Dichos, y PETERS.

LUDORF,

Y bien, Peters, nos traes el notario?

PETERS, *agitado.*

Sí señor; pronto vendrá en su pequeña tartana. Yo me he adelantado por medio de la selva.

LURDOF.

Pero qué tienes? Estás pálido y descompuesto.

PETERS.

No es nada, no es nada, padrino mio; yo quisiera hablaros á solas.

GUILLERMO.

Y por qué? Puedes decir lo que quieras; yo no tengo secretos para el señor baron.

PETERS, *en voz baja.*

Pues bien, habeis de saber, padrino mio, que yo... ahora mismo... acabo de ver... uno...

GUILLERMO.

Cómo uno?...

LURDOF, *con terror.*

Qué, qué has visto?

PETERS.

Ya me entiendes? uno. Por Dios no me hagais pronunciar su nombre.

GUILLERMO.

Le has visto tú?

PETERS.

Que si le he visto? Cara á cara. Os acordais de aquel prusiano, de aquel Mayor Varzen que encontré en Presburgo, y me preguntó todas las novedades del pais?

GUILLERMO.

Sí: ahora hablábamos de él.

PETERS.

Pues bien, ese diablo de prusiano que fue... ya lo sabeis, atravesaba la selva con un landó cuando yo venia para acá, tal como yo le vi en Presburgo, alegre como un rey, y por cierto no tenia mas traza de ahorcado que yo. Sin embargo me asusté y me dió un desmayo.

GUILLERMO.

Dios mio!

PETERS.

Camarada, me dijo, camarada, quereis mostrarme el camino de Zemplin?

LURDOF.

Cómo! de Zemplin? viene hácia acá?

PETERS.

Cabalmente: yo no perdí, sin embargo, la cabeza, y le indiqué con la mano un camino todo al contrario; aquel camino que se estiende á la frontera, todo lleno de rocas y precipicios.

LURDOF.

Cómo! le has ido á mostrar un camino tan peligroso, donde tantos viajeros han perecido. El camino del infierno?

PETERS.

Sí, para que vuelva mas pronto á su casa. Yo temblaba á todo esto, porque me miraba con unos ojos... Dios mio, qué ojazos! Yo creo que te he visto otra vez en Presburgo, me dijo: ya veis si me conocia.

GUILLERMO.

Si esos muertos desvelados tienen una memoria infernal.

PETERS.

Cuidado, añadió, con decirle á nadie que me has visto aqui, adios. Oigo caer una bolsa á mis pies, se deja oir la tempestad, y en el momento mismo desapareció la berlina como si el diablo se la llevara.

GUILLERMO.

Y no te moriste de miedo?

PETERS.

Yo no tuve valor sino para agacharme á coger la bolsa. Vedla.

GUILLERMO.

Quita allá! eh! pero estás tú seguro de que es una bolsa fisica, porque... sin embargo, pudiera suceder... dádmela acá: no huele mal: debe ser el señor mayor un muerto muy aseado.

LURDOF, *aparte.*

Será posible! no: no habitaré yo mucho tiempo en este pais supersticioso! Ah! para morir de sustos siempre está uno á tiempo. (*alto*) Y supuesto que le has visto, podrás darnos señas de él?

PETERS.

Seguramente: tiene una figura muy agradable, talle airoso, fisonomia interesante, y unos ojos soberbios... que brillan... ya os podeis figurar; como brillan los ojos de esa gente.

LURDOF.

Y cómo es de suponer que un joven tan bello, tan elegante, que tiene caballos y berlina, y que derrama el oro á manos llenas, sea el mismo á quien ahorcaron en la semana última por una docena de florines?

PETERS.

Nada tiene de particular; por un capricho, por adiestrarse, ó por haberse equivocado la justicia, que no será la primera vez.

LURDOF.

Vamos, callad: ya es tiempo de reunir la familia y los convidados. Toma esa luz y acompáñame.

PETERS.

Sí, señor baron, voy... Dios mio! cada vez que me acuerdo...

LURDOF.

Pusilánime... ti-tiemblas todavia?

PETERS.

No, no, señor baron.., no... yendo vos delante...

LURDOF.

Y vos, Guillermo, si viene alguno de los convidados le conducireis vos mismo; y haced preparar esta sala que es donde debe firmarse el contrato matrimonial.

ESCENA VI.

GUILLERMO, *solo.*

Sí, sí, los convidados; los convidados: si el señor baron cree que han de venir con el agua que cae, me parece que se engaña. Sin embargo, creo que ha parado un coche en la puerta del patio: sin duda será alguno de los convidados, ó alguna linda señorita que viene á bailar en la boda.

ESCENA VII.

Dicho y ADOLFO.

GUILLERMO.

Pues no, no es señorita.

ADOLFO, *mirando adentro.*

Milagro ha sido: deja donde puedas la berlina: me importa poco que se moje con tal que yo encuentre un asilo para mí.

GUILLERMO, *haciendo muchas cortesias.*

Sereis sin duda algun pariente ó convidado á la boda.

ADOLFO.

A la boda! Hay aqui boda? no, no soy convidado, pero ..

GUILLERMO.

Cómo! no sois de los convidados?

ADOLFO.

No, pero no importa: yo me convidaré.

GUILLERMO.

Oh! No es lo mismo.

ADOLFO.

Me ha cogido la noche en la selva; mi postillon se ha perdido en esos vericuetos ó mas bien le han engañado. Nos hemos metido en un camino endiablado; la lluvia, que caia á cántaros, los precipicios... que sé yo. Mis caballos estan estropeados y mi berlina toda mojada. En fin, vengo á pedir la hospitalidad al dueño de este castillo; y no creo que me la niegue, especialmente en el dia de su boda.

GUILLERMO.

La hospitalidad, la hospitalidad! Sí señor, la hospitalidad es una cosa muy santa, pero en calidad de conserge no puedo absolutamente recibir á ningun desconocido, principalmente á estas horas, y con los rumores que corren... Dios me defienda!..

ADOLFO.

Con que necesitaré para que me reciban presentar un fiador?

GUILLERMO.

Cabalmente: un fiador, un fiador liso, lego, y abonado.

ADOLFO, *paseándose y Guillermo siguiéndole.*

Pero dónde diablos quereis que vaya á buscarle? Si supierais de donde vengo...

GUILLERMO.

Señor mio, vamos, tendreis la bondad..

ADOLFO.

Dónde está vuestro dueño?

GUILLERMO.

Pues como os decia, yo no puedo sin faltar á mis deberes...

ADOLFO.

Quiero hablarle.

GUILLERMO.

Es escusado, señor; creedme: mas facil es que os marcheis.

ADOLFO.

No podrá negarse.

GUILLERMO, *enfadado y aparte.*

Nada, no me entiende: yo se lo diré de modo que no le quede duda. (*Alto.*) En ese caso.. Señor mio, no podeis estar aqui: mas claro; os podeis marchar.

ADOLFO.

Pues bien, yo no quiero.

GUILLERMO.

Ya, eso es otra cosa; si vos no quereis... pero...

ADOLFO.

No haya mas peros: aqui me quedo, decídselo á vuestro amo.

GUILLERMO.

No, el señorito no es corto de genio.

ESCENA VIII.

Dichos. y PETERS, *trae una torta en un plato.*

PETERS.

Dios mio! qué fiesta, qué cena se prepara! qué boda! ha! qué veo!... padrino, padrino.

ADOLFO.

Qué encuentro!... tu figura me es conocida: ah! tu responderás de mí. Aqui teneis mi fiador.

PETERS.

Yo? ay!

GUILLERMO.

Qué tienes?

PETERS, *aparte á Guillermo.*

Yo soy perdido; sí, es el prusiano, el ahorcado.

GUILLERMO.

Dios mio! el ahorcado! Per...perdonadme.. si... yo.. se-señor... sentaos.. (*ofreciéndole una silla.*) yo me tengo por muy dichoso en recibiros aqui.

ADOLFO.

Lo que vale un fiador! Os aseguro que no os arrepentireis de haberme acogido en vuestro castillo.

PETERS.

Cielos! he de ser yo fiador de un ahorcado?

ADOLFO.

Bueno es tener amigos en todas partes.

GUILLERMO.

Ve á buscar socorro.

PETERS.

No, yo no voy solo.

GUILLERMO.

Grita, llama á todo el mundo, alborota el castillo.

PETERS.

No puedo, me está mirando: id vos.

(*Adolfo pasa entre los dos y ellos huyen.*)

LOS DOS.

Uf!!!

ADOLFO.

Con que decis que tenemos boda: y bien, se casan á gusto?

PETERS.

Sí señor.

ADOLFO.

Es un casamiento por amor, eh?

PETERS, *temblando.*

Si señor.

ADOLFO.

Ma novia es bonita?

PETERS.

Sí señor.

GUILLERMO, *aparte.*

(Lo dicho: viene por la sangre de la no-

ADOLFO.

Y cómo se llama?

PETERS.

Sí señor.

ADOLFO.

Os pregunto, que cómo se llama la novia?

PETERS, *agarrándose á su casaca.*

Hablad, padrino, hablad, que yo no puedo mas.

GUILLERMO.

Pues... se... lla...

ADOLFO, *á Peters.*

Cómo se llama?

PETERS.

Hermancia de Manfred.

ADOLFO.

Hermancia... Hermancia.. desgraciado!

GUILLERMO.

Si digo yo que esta gente no puede estar mucho tiempo en razon.

ADOLFO.

Con qué es Hermancia la que se casa?

PETERS.

Sí, no.. yo no sé... (*ambos se arrodillan*) Ah! señor, por piedad no me hagais mal!

GUILLERMO.

Sí, por piedad..

ADOLFO.

Vamos, es imposible: quiero verlo yo mismo. Gente viene; cuidado con decir una palabra... ó voto á!

ESCENA IX.

Dichos, LURDOF, HERMANCIA, LUCIA *y convidados.*

LURDOF.

Dadnos sillas. (*A Guillermo y Peters que señalan á Adolfo.*) Qué teneis? Quién es ese forastero?

PETERS.

Es... es un señor que pide hospitalidad.

LURDOF.

Sea bien venido: ciertamente es un deber mio.. (*le reconoce*) ah! Dios! qué significa esto?

PETERS, *aparte á él.*

Lo veis, padrino? El que se hacia tan valiente?

LURDOF, *á Hermancia.*

Si hubieseis conocido cierta persona, os preguntaria si encontrabais una perfecta semejanza..

HERMANCIA.

Qué veo!

LUCIA.

Hermana mia! Será posible? No nos ha conocido.

LURDOF, *se adelanta hácia Adolfo, el cual saluda friamente.*

Voy á hablarle: pero no os separeis de mí. Si me es permitido preguntaros á quien tengo el honor de hospedar en mi castillo?..

LUCIA.

Oigamos.

ADOLFO.

Soy ingles.

LURDOF.

Vuestro nombre?

ADOLFO.

El lord Ruben.

PETERS.

Pues... Todos los dias un nombre nuevo, un nuevo pais...

ADOLFO.

Hace tiempo que deseaba ver la Ungria.

LURDOF.

Ah! No habeis estado en ella nunca?

ADOLFO.

Jamas.

LURDOF.

Entonces.. (*Aparte.*) Sí, me parece que no es la misma fisonomia. (*Alto*) Me favoreceis en hospedaros en mi castillo, Milord. (*Aparte*) Yo estoy seguro en que aquel era mas alto.

GUILLERMO, *aparte.*

Oh! lo que es éste, muy alto se ha visto dias pasados.

ADOLFO.

Me han dicho que os casais.

LURDOF.

Sí, Milord.. (*aparte*) Sin embargo, aquellos ojos.

ADOLFO.

¿Y cuál es vuestra esposa? (*por Lucia.*) La señorita tal vez?

LURDOF.

No, no señor.

ADOLFO.

Cual es pues?

HERMANCIA.

Mi.. Milord.. (*aparte*) ha! ya no puedo hablar.

LURDOF.

Milord, es esta señorita. (*aparte*) Yo no puedo acostumbrarme á esta figura.

ADOLFO, *á Hermancia.*

Os doy la enhorabuena: tiembla vuestra mano... (*Se la ha tomado*) si... que.. mi vista os amedrenta? por qué os asustais asi?

PETERS, *aparte.*

Su mano toma... qué intenta?

HERMANCIA, *aparte.*

Yo no sé que siento en mí!

ADOLFO, *á Lurdof.*

Oh! quién la dicha gozára de ser amado cual vos! mas mi suerte tan avara..

LURDOF.

No amasteis?

ADOLFO.

Pluguiese á Dios! ojala que nunca amara.

HERMANCIA.

Lucia, yo no sé lo que siento; yo no puedo estar aqui mas tiempo... este hombre..

ESCENA X.

Dichos y NOTARIO.

NOTARIO.

Perdonadme si os he hecho esperar tanto tiempo; pero habiendo sabido que estaba aqui el general, tuve que volver atras para recoger ciertos papeles concernientes á su sobrino.

LUCIA.

Cómo! Hay noticias de él?

LURDOF, *mirando á Adolfo.*

Ha vuelto á aparecer?

NOTARIO.

Qué! muy al contrario: traigo su testamento. Ah! ah!

LURDOF.

Su testamento! no es posible, hace mas de seis meses que murió en Temisvár y desde entonces no se sabe que hubiese hecho testamento alguno.

NOTARIO.

Pues es raro! la fecha de este es de tres meses hecho en el campo de Molvitz. Ah! ah! vedlo. (*Le saca.*)

LURDOF.

No, no me es permitido, el general ha marchado, y asi es inútil.

NOTARIO.

No es tan inútil, porque creo que contiene un artículo especial para las señoritas de Manfred.

HERMANCIA.

Para nosotras?

NOTARIO.

Seguramente.

LURDOF.

Cómo! Le conocias particularmente?

HERMANCIA.

Sí señor.

LUCIA, *aparte.*

Con que no se ha olvidado de mí, leedlo *(á Lurdof.)*

LURDOF.

Pudiera ser reservado. Leedlo vos. *(á Hermancia.)*

HERMANCIA, *lee.*

"Esperando ausentarme por largo tiempo, y pronto á partir dejo á mi fiel Hermancia este anillo que debia unirnos. Hermancia, (*conmovida*) vos sola habeis sido el objeto de mi amor, no os olvideis de mí."

LURDOF.

Qué oigo!

HERMANCIA.

Lucia, continua, yo no puedo mas.

LUCIA. *lee.*

A Lucia que me fue tan querida y á quien deseo una suerte mas feliz, dejo todos mis bienes para que pueda elegir un esposo: Lucia sed feliz con él, pero acordaos de mí." Sus bienes! ah! no los deseo, no los quiero: yo nada necesito: pues que Adolfo no existe yo renuncio al mundo. Ah! hermana mia, cambiemos, dame su anillo que èl llevó tanto tiempo: no se apartará de mí y yo creeré tenerlo de su mano. Yo te lo suplico.

ADOLFO, *enternecido.*

Pobre Lucia!

LURDOF.

Vamos, vamos: qué diablos! no nos enternezcamos... Ahora os acordais de traernos testamentos?

GUILLERMO.

Pues por Dios que para alegrar una boda...

NOTARIO.

bien para distraernos, firmemos nto, y vámonos á la mesa. Ah! ah!

LURDOF.

Bien, muy bien: el contrato, la cena, el baile... no es cierto mi querida hermanita? *(á Lucia.)* Vamos á firmar.

LUCIA.

Firmar! asistir à la fiesta cuando acabo de recibir una noticia tan cruel, cuando aquel que vivia en mi corazon... no, no; yo no puedo permanecer aqui mas tiempo, adios hermana, adios Milord.

ESCENA XI.

Dichos menos LUCIA.

NOTARIO.

Qué le ha dado?

LURDOF, *firma.*

No importa, ya volverá cuando se la pase. Yo he firmado, madama, á vos toca.

ADOLFO, *firma Hermencia.*

Se atreverá todavia.

LURDOF.

Creo que no faltaba ninguna firma?

ADOLFO.

Sí, la mia.

LURDOF, *firma y vuelve á su sitio.*

Con mucho gusto, Milord vos me honrais.

NOTARIO, *recorre rápidamente el contrato y lee.*

Bien está, bien. (*Aparte*) Dios mio! qué veo!.. Adolfo Valber.. (*alto*) sois vos... perdonadme señor Baron... Milord.. pues... luego volveré: esto está concluido... señorita.. perdonadme no puedo... (*Vase corriendo.*)

LURDOF.

Pero qué?

GUILLERMO.

Qué mosca le ha picado al señor Notario?

LURDOF.

Yo no comprendo..

PETERS.

Ola! tambien el señor Notario... (*se acerca y ve los papeles*) Calle! aqui el convenio matrimonial... y se ha dejado... Ay! ay! señor baron no es Milord Ruben... tomad...

LURDOF.

Qué veo! es él, no hay duda.

ADOLFO.

El es, el Vampiro. Huid. (*Huye con el mayor desorden.*)

ESCENA XII.

ADOLFO *solo.*

Estoy vengado: La infiel! La he perdido para siempre.

Ay! cuando yo esperaba
despues de mis desdichas,
en su regazo amante
el fin hallar de las desgracias mias!
Te encuentro en otros brazos
burlando fementida
la fé que me juraste
y mi esperanza en que feliz vivia.
No mas, ya te ofrezco;
¿qué importan tus caricias
á aquel que desdichado
víctima fue de tu fatal pérfidia?
Tu has roto ya los lazos
que un tiempo nos unian,
no importa, ya en mi pecho
arde otro amor que mi esperanza anima.
Quién viene. Es mi amada Lucia. Que agitada está. *(Se aparta a un lado.)*

ESCENA XIII.

Dichos y LUCIA.

LUCIA.

Sí yo me voy para siempre de este sitio: me volveré al convento para no salir de él jamas. No, no presenciaré yo esta boda, Ah! sois vos Milord? (*que se va acercando.*) (*Aparte*) Como se le parece!

ADOLFO.

Al fin, hermosa Lucia, nos abandonais?

LUCIA.

Sí señor: quiero irme: aqui nada hay ya que me interese.

ADOLFO.

Nada, Lucia, nada! Y decidme, ese Adolfo que todos olvidan menos vos, os amaba con la misma ternura?...

LUCIA.

Oh! no, él nunca supo apreciar el corazon de la inocente Lucia, y solo amaba á mi hermana. Yo le amé sin decírselo, pero ahora que mi hermana le olvida, y se casa con otro, bien puedo entregarme á este afecto que se nutrió en mi pecho desde mis tiernos años. Su muerte no es obstáculo como mi hermana pretende para dejar de amarle. Es verdad, Milord?

ADOLFO.

Sí bella Lucia, y no dudeis que si Adolfo hubiese penetrado el secreto de vuestro corazon.

LUCIA, *aparte.*

Como me llega esta voz al alma! *(alto.)* Decidme, y vos estais seguro de ser el Lord Ruben?

ADOLFO.

Y que importa quien pueda yo ser si tengo la dicha de recordaros ese Adolfo á quien vos quereis, y que sin duda os ama menos que yo? Sí Lucia... miradme como si fuera él mismo.

LUCIA.

No, yo no puedo. Cómo si fuera él mismo! Cerca de él era yo dichosa, y cerca de vos tiemblo, y no sé lo que me sucede.

ADOLFO.

Acabad.

LUCIA.

No sé que inquieta emocion
siento estando á vuestro lado,
que de gozo enagenado
me palpita el corazon.
Cerca de vos mi pasion
que el tierno pecho maltrata,
siente alivio y se dilata...
(Adolfo se arrodilla á sus pies.)
Ah! Milord, Milord, qué haceis?

ADOLFO.

Pedir solo que me ameis.

LUCIA.

Levantad... no soy yo ingrata.

ADOLFO.

Lucia! Si yo estuviese encargado de entregaros este anillo que Adolfo destinaba á vuestra hermana, y de que solo vos sois digna...

LUCIA.

Sí, yo le reconozco... por piedad, no os goceis en mi dolor. Quién sois?

ADOLFO.

No puedo decíroslo aun.

ESCENA XIV.

Dichos. CARLOS.

CARLOS.

Amo mio, querido amo.

ADOLFO.

Calla imprudente:

CARLOS.

Ya no os escapareis, vuestro tio el Ah. de de Valber me sigue.

LUCIA.

El es!

ADOLFO.

Qué dices?

CARLOS.

Sí señor, venimos ahora de la última posada en que parasteis: vuestro tio encontró casualmente un papel del posadero en que habiais escrito algunas palabras: nos dieron señas de vos y de vuestra berlina, y nos volvimos inmediatamente atras, cuando al entrar en el castillo, el primer objeto que se nos ofreció, fue la berlina cuyas señas nos habian dado.

ADOLFO.

Adios, no hay que perder tiempo.

CARLOS.

No señor, no os ireis de ningun modo: ademas de que es imposible. Vuestro tio en este momento está ocupado en tomar todas las avenidas del castillo.

ADOLFO.

Qué he de hacer? Carlos, Lucia, puedo contar con vuestro silencio?

LUCIA.

Sí, yo callaré, pero prometedme que sereis siempre Adolfo; me lo ofreceis?

ADOLFO.

Bien, Lucia, no os niego que soy Adolfo: lo seré siempre pues es vuestro gusto: pero es preciso ver el modo de frustrar la vigilancia de mi tio. Si encontrase donde ocultarme... en este gabinete...

CARLOS.

Os encontrará de todos modos.

ADOLFO.

En este caso acudiremos á mi recurso ordinario: es ya preciso.

LUCIA.

Dios mio! Qué quereis hacer?

ADOLFO.

No temais nada. Carlos, es preciso que al momento... *(Le habla en secreto.)*

CARLOS.

Qué!... pretendeis aun?...

ADOLFO.

Y bien: no soy todavia tu amo? te has olvidado de que yo exijo de los que me sirven una completa sumision?

CARLOS.

Yo no puedo obedeceros: esto es cruel: vuestro pobre tio...

ADOLFO.

[illegible], cien florines, ó no vuelves á entrar en mi servicio.

CARLOS.

Obedezco, señor, pero es un cargo de conciencia...

ADOLFO.

Cuenta que estoy en este gabinete, y oiré todo cuanto digas.

CARLOS.

Ya vienen, pronto.

ADOLFO.

Lucia, silencio. Encerrémonos en este gabinete y sostengamos el asalto. (*Se encierra: Carlos se va.*)

ESCENA XV.

LUCIA: EL CONDE PETERS: *despues* LURDOF, HERMANCIA, GUILLERMO *y criados.*

CONDE.

Asi, asi: tomad todas las puertas: yo os aseguro que está aqui. Voto á... yo le encontraré.

LURDOF.

Qué es esto? Tenemos aun el vampiro?...

CONDE.

Ya le vereis, amigo Lurdof.

GUILLERMO, *siguiéndole por que no le hace caso.*

Mi general, mi general, mi general? Tenia que deciros, ó mas bien que suplicaros que no os espongais temerariamente, porque el que hemos visto aqui no es vuestro sobrino.

CONDE.

Pues quién?

GUILLERMO.

Segun el dice, el lord Ruben, y segun yo digo el muerto andante que trae asustado el canton.

CONDE.

Teneis miedo?

GUILLERMO.

No señor, cosa de miedo no: apego á la vida.

CONDE.

Yo os aseguro que el lord Ruben y mi sobrino son uno mismo.

LURDOF.

Demasiado lo sabemos: y no hace una hora que nos ha alborotado el castillo.

CONDE.

Y no le habeis pillado?

PETERS.

Ya, ya; si fuera eso tan facil!

CONDE.

Dónde está? Por dónde se ha ido?

PETERS.

Todo lo que puedo deciros es, que no hace mucho estaba en esta sala.

CONDE, *á Lucia.*

Y bien, señorita, vos le habeis visto, le habeis hablado?

LUCIA.

Yo, es cierto, pero... no sé... estaba tan turbada... por piedad no me pregunteis nada.

CONDE.

Voto á... todos han perdido la cabeza; pero Adolfo no debe estar lejos. No puede haberse escondido sino aqui: entremos en este gabinete.

PETERS.

Está cerrada la puerta.

CONDE.

Abrid la por fuerza.

QUILLERMO.

Señor conde, creo que aunque la abrais no podreis pillarlo.

CONDE.

Por qué?

GUILLERMO.

Porque se habrá evaporado.

CONDE.

Ea, amigos, entremos inmediatamente.

ESCENA XVI.

Dichos y CARLOS, *apresurado.*

CONDE.

Pero, Carlos, qué noticias nos traes de mi sobrino?

CARLOS.

Mi general... (*Aparte.*) Nunca he tenido tanto valor.

CONDE.

Qué tienes, tambien tú... estoy por creer que estan todos embrujados.

CARLOS.

Señor, acabo de ser testigo de la muerte de vuestro sobrino.

PETERS, *aparte.*

Otra vez! Estos vampiros tienen una ventaja! cuando se ven apurados, puf!

CONDE.

Qué! por evitar mi cólera... Le has visto tú?

CARLOS.

Nosotros le perseguimos hasta la roca que llaman el puente de Barzova. Esperad, gritó: si uno de vosotros da un paso mas, me precipito: un imprudente se adelanta...

CONDE.

Y qué?

CARLOS.

Se arrojó al agua.

PETERS.

Del puente de Barzova? No hay que temer que se haya ahogado, porque yo le paso todos los dias á pie enjuto.

CARLOS, *aparte.*

Maldito!

CONDE.

Cómo, qué dices?

PETERS.

Sí señor: es un riachuelo de agua dulce que los dias de gran tempestad como hoy me mojo las rodillas: pero sin duda las gentes del otro mundo deben tener privilegio para poderse ahogar en un vaso de agua.

CONDE.

Estás seguro de que se ha ahogado?

CARLOS.

Yo... Sí señor... Seguro... al menos que no me haya equivocado en el sitio...

CONDE.

Lo has visto?

CARLOS.

Señor... ciertamente... yo no me atreveria sino... pero...

CONDE, *aparte.*

Nada ha visto: respiro. Adolfo se ha avistado sin duda con él y le ha seducido: si puedo creer mis presentimientos, está en aquel gabinete; pero yo le haré salir. (*Alto.*) Carlos, yo creo todo lo que me dices, he perdido á mi sobrino, mi único consuelo, el apoyo de mi vejez. Ah! que no he podido verle una vez siquiera! No sabe el ingrato las penas que me ha hecho sufrir... no sabe que cuando me anunciaron su muerte estuve mil veces próximo á seguirle... Ahí está. (*Se oye abrir la puerta del gabinete.*)

LUCIA.

Señor...

CONDE.

Hija mia, yo soy muy desgraciado.

LUCIA.

Sí, vos debeis serlo como yo lo era no hace mucho. (*Aparte.*) Estoy por descubrirle.

CONDE.

Si al menos estuviese seguro de su cariño... pero no, él no me amaba, no sabia que le quedaba en mí un segundo padre; y qué instante de mi vida no le he consagrado á su felicidad? He marchado á Viena, he obtenido una plaza de coronel para el mismo que ahora es la causa de mis pesares: él me creia irritado, y debia estarlo. Si yo hubiese tenido la dicha de volverle á encontrar, el placer de estrecharle entre mis brazos, yo lo hubiera olvidado todo, todo, hasta mi cólera... (*Se abre la puerta.*) Yo le hubiera dicho: seis meses ha que soy desgraciado, y tú has sido la causa. Pues bien, yo soy quien implora tu perdon. Vuelve á cobrar tu nombre y tu libertad, dispon de tu mano y de tu corazon; pero vuélveme á mi sobrino.

ESCENA XVII.

Dichos y ADOLFO.

ADOLFO, *sale precipitadamente, y se arrodilla a los pies del tio. Los demas se apartan asustados.*

Tio mio! aqui le teneis á vuestros pies.

GUILLERMO.

Ay! por dónde habrá venido este condenado otra vez!

CONDE.

Sobrino mio: Caro Adolfo! amigos mios, venid, no temais: este es mi sobrino.

ADOLFO.

Sí, llegad, estoy vivo.

LURDOF.

Me basta vuestra palabra.

GUILLERMO, *aparte.*

A mí no: las gentes del otro mundo no tienen palabra.

LURDOF.

quién era el infeliz cuyo entierro compañé yo en Temisvar?

ADOLFO.

Yo... fue una estratagema.

CONDE.

Y el valiente soldado herido mortalmente en Molvitz?

ADOLFO.

Tambien yo.

PETERS.

Y aquel á quien yo hablé en Presburgo?

ADOLFO.

Yo tambien.

GUILLERMO.

Y el que por una pequeña equivocacion le hicieron la gracia de...

ADOLFO.

No: ese no era yo, era un criado mio: un truan que tomó mi nombre y rango, para cobrar cierta letra de cambio, y á quien despues ahorcaron por otras travesuras de este género. No pudiendo llevar este nombre, tomé el de lord Ruben &c...

PETERS.

De modo que ya no volvereis á morir y resucitar?...

ADOLFO.

No, ya no.

PETERS.

Qué lástima!

ADOLFO.

Como lástima?

PETERS.

Sí, porque se nos acabará la fiesta.

CONDE.

Solo me resta saber quién era aquel húsar que con tanto valor me libró la vida.

ADOLFO.

Ah! tio mio! Sin ese dichoso acontecimiento no me hubiera atrevido á presentarme ante vos.

CONDE.

Bien: yo te debo la vida: no nos separaremos mas: cásate á tu gusto; la que tú escojas por esposa esa será mi hija.

ADOLFO.

Lucia, amada Lucia, con que al fin puedo ser tuyo?...

LUCIA.

Dios mio! no esperaba tanta dicha?

CONDE.

Cómo! Es Lucia tu esposa!

ADOLFO.

Sí, tio mio: sí, caro Lurdof, cada uno hemos encontrado la esposa que nos convenia, y seremos dichosos.

GUILLERMO, *á Lucia.*

Señorita, os deseo una completa felicidad, y...

Aunque diz que los chiquillos
ya ninguno los desea,
plegue á Dios que pronto os vea
con cuatro ó seis vampirillos.

LUCIA, *al público.*

Este vampiro inocente
que no murió ciertamente,
ni en la horca ni en el rio,
enmedio de tanta gente
teme morirse: de frio.

No pagueis de tal manera
sus desvelos y cuidados:
dadle un aplauso siquiera,
y... quedaremos premiados
con que esta noche no muera.

FIN.